

LOS GRANDES PINTORES ESPAÑOLES, EN LA RUTA DEL TURISMO

Por
Bernardino de Pantorba

Ahora que vienen a España tantos turistas y se habla aquí del turismo con tan reiteradas —y justificadas— palabras de euforia, podrá interesar, según creemos, el desarrollo, conciso, del tema así enunciado: *Los grandes pintores españoles, en la ruta del turismo.*

Muchos y grandes pintores ilustran y enriquecen la historia española. Algunos de ellos, de primera magnitud, de universal consagración, bien merecen, ciertamente, por la excelsitud de sus obras, esa fama, ancha y sonora, que circunda sus nombres. Entre tales obras, en España nacidas, las hay, muy numerosas, que salieron ya de nuestro suelo, al socaire del juego de los intereses pecuniarios; pero son, por suerte, más numerosas aún las que en el territorio patrio quedan.

Localizarlas y señalarlas a la curiosidad de los viajeros cultos será siempre tarea útil y provechosa; en nuestra pluma, además, tarea gratísima.

En dos clases bien definidas y diferenciadas podemos dividir la inmensa oleada de los turistas que anualmente llegan a nuestro país; muchos, para recorrerlo en buena parte de su perímetro; muchos más, para quedarse en breve espacio de él y por pocos días.

Una de esas clases, la más nutrida, es la que menos puede interesarnos ahora, dado el asunto aquí traído: asunto relacionado con el arte. Trátase de una masa de gente que viene sólo en verano, dispuesta a tostar su piel bajo el sol de nuestras playas mediterráneas y atraída por el baño de mar. Baños de sol y de mar es lo que esos veraneantes vienen buscando, so pretexto de "hacer turismo"; de nuestro país únicamente les interesan las costas brillantes, el yodo marino, la helioterapia. Buscan también, como sabroso complemento de tan pagana "season" estival, lo que tampoco sobra en un bien organizado programa de *dolce vita*: el buen condumio, que en esto de comer y beber España no está, por fortuna, desasistida de los dioses. Paella, cocido, gazpacho; peces y mariscos, abundantes y diversos; variedad de frutas, quesos y piezas de pastelería; más la

atracción —huelga decirlo— del “líquido elemento” en vinos y licores; unos de propia fuente y otros de forastera cosecha.

Todo esto viene a ser como clamorosa voz de reclutamiento para aquellos extranjeros que, en sus respectivos países, padecen, por lo general, de sol pálido y mar gruesa, sin la contrapartida de un yantar suculento que consuele las temporales inclemencias.

Los turistas de esta clase, a quienes más bien les cuadra el apelativo de “vacacionistas” —en realidad, no son otra cosa—, si hoy alcanzan entre nosotros un número voluminoso, no tenemos por qué dudar de que el día de mañana sean todavía muchos más. En su afán de movimiento continuo, el mundo —ya está comprobado— vuelve la mirada a las atmósferas claras, los aires soleados y transparentes, las luces benignas, los ámbitos que brindan salud. Acojamos a estos fugaces viajeros con ademán de cortesía, deseándoles permanencia agradable en España y hosteleros no abusadores del privilegio de sus camas, y pasemos, finalmente, a lo que aquí nos reúne.

La otra clase de turistas, si por acaso, siendo menos copiosa, nos deja menos ganancias y divisas, es, en cambio, más digna de estimación, porque para ella nosotros somos algo más que pura geografía, algo más que simple paisaje, algo más que tierra de carnal alborozo. Para esos turistas —los mejores—, somos los españoles un país con tradición de arte y de cultura, con espiritualidad manifestada en mil formas, prestigiada de mil maneras.

Viajar por las multiformes Castillas, por la seductora Andalucía, por la coloreada belleza de la faja cantábrica, por las exuberantes vecindades del Mediterráneo, por las bravuras de Extremadura y Aragón, es ciertamente entregarse al goce y disfrute de un panorama de múltiples aspectos, infinito en diversidad, inacabable en modalidades típicas. Mucho podemos enseñar, evidentemente: magníficas iglesias, ricos palacios, evocadores castillos, nobles casas solariegas, hermosos jardines y huertos, opulenta artesanía; pueblos sellados por lo más hondo y firme y lo más apreciado y querido en el mundo de las artes: el estilo, el carácter, el sabor propio; y también —y esto habrá de subrayarse, porque es lo referente a nuestro tema de hoy— pintura innumerable repartida por casi todos los puntos del solar hispánico.

De antiguo ha tenido España un verdadero enjambre de pintores y escritores. En esos hombres —sus mejores hijos— que supieron

recoger y fijar bellezas con colores y palabras, se basa su mayor y más limpia prosapia. Limitándonos ahora a los viejos maestros de la pintura española, nadie podrá negar que, frente a la curiosidad de las gentes actuales, ellos sostienen la máxima atracción para quienes, en el extranjero, proyectan sus alegres excursiones, preparan sus breves maletas y, armados de minuciosos planos topográficos, vienen con el encomiable deseo de "ver arte", a *the Old Spain*.

De extranjeros hablamos; pero tampoco holgaría conducir la propaganda de nuestras "atracciones artísticas" hacia los mismos españoles, entre quienes abundan, desgraciadamente, los muy necesitados de "andar y ver", pisando suelo español, por sí, "andando y viendo", la curiosidad (que aún mantienen dormida) se les despierta, al fin.

Muy conveniente sería, por ejemplo, que a los compactos grupos de turistas "de afuera" se incorporasen turistas "de adentro"; españoles haciendo turismo en su propio país, tan desconocido para tantos de ellos; por eso, sin duda, tan poco amado cuando llega el momento de probar el amor a la patria con algo más que con retórica de oro-pel y organillo.

De los grandes pintores españoles, tres hay que se llevan la palma en esto de atraer turistas y retenerlos aquí el mayor tiempo posible. Nos referimos a Velázquez, Goya y el Greco. Síguenles, en la preferencia de los visitantes, otros tres: Zurbarán, Murillo y Ribera. En puridad, son los mejores, según el general consenso: los seis *dii majores* de nuestra pintura. Otros, hasta los cien buenos que tenemos —buenos, es decir, con obras merecedoras de ser contempladas y estudiadas—, no suscitan, sino en muy reducida escala, la atención de los que vienen de lejos a visitarnos.

Las palabras *Velázquez*, *Greco* y *Goya* suenan de continuo, a largas distancias de nosotros, entre los aficionados a la pintura que hay en el mundo, y aun entre los que, no sintiendo tales aficiones, quieren añadir la visión fugaz de los cuadros famosos al tráfigo de sus andanzas turísticas.

Los otros tres altos nombres citados suenan bastante menos por ser su nombradía, con ser extensa, indudablemente inferior a la disfrutada por los anteriores. Y vienen luego, ya casi en montón apretado, los pintores españoles para quienes, por soberana disposición de la injusticia reinante, no hay apenas mención en el seno un tanto no-

velero de esas apresuradas multitudes que informativamente se alimentan sólo de lo que oyen decir.

Aventurado resultaría afirmar quién, entre el Greco, Velázquez y Goya, es el maestro preferido por los turistas cultos que llegan a España a ver, desde luego, a los tres.

Podría ser Velázquez, pero tampoco ha de asegurarse en forma rotunda que lo sea. De los tres, probablemente es el de celebridad más vieja y extendida, lo cual apoyaría la señalada predilección. Pero es indiscutible que durante los treinta, los cuarenta años últimos el Greco ha ascendido en fama y gloria de un modo deslumbrador. Goya tampoco ha quedado inmóvil en su radiante zona de luz. Cada día que pasa aumentan los buscadores, gustadores y admiradores de la impresionante pintura del Greco; y también crecen cada día los que buscan, saborean y ensalzan a Goya como genio cimero del arte de su época.

Inmensa fortuna para los españoles es el hecho de que esos tres pintores —las cumbres de la pintura hispánica, aunque en uno de ellos no haya más “hispanidad” que la de su larga residencia entre nosotros— no puedan ser conocidos a fondo sino dentro del territorio español. Fuera de aquí hay, evidentemente, no pocos cuadros de Velázquez, y muchos del Greco, y muchos también de Goya, como veremos en seguida. Con todo, el volumen de ellos, ni por su cuantía ni por su categoría, rebaja el de los que existen aquí. Al Museo del Prado se lo debemos; en él se fundamenta lo que decimos. Sin entrar en su ilustre recinto, nadie podrá conocer a Velázquez ni a Goya; en cuanto al conocimiento del Greco, sí podrá hacerse fuera del Prado, pero no será completo mientras se desconozca lo que de tan gran maestro guarda tan gran museo.

Traigamos unas cifras que nos informen sobre el punto. Aunque no existen catálogos inmovibles de las obras pintadas por esos tres egregios artistas, un cálculo razonable establecido con las compulsas de los varios catálogos solventes que de esas obras se han publicado, nos permite cifrar la producción de Velázquez en algo menos de ciento cuarenta pinturas; la de Goya, en unas setecientas, y la del Greco, en unas quinientas. No puede precisarse más. De todo gran pintor existe un número de cuadros irrefutablemente auténticos; en registrarlos coinciden, como es natural, todos sus catalogadores. Pero hay otros cuadros sobre cuya autenticidad mantiénesse —y se man-

tendrán siempre— justificados recelos ; por consiguiente, controversias. Estos son los que, si figuran en unos catálogos, no constan en otros. Aparte de lo cual nunca llegaremos a saber con precisión si se conocen ya todas las obras que un determinado maestro pintara. Forzoso es admitir la existencia de muchas, o por lo menos de algunas, en la zona de lo ignorado, de lo perdido, y la posibilidad lógica de que aparezcan, aumentando así el “corpus” de lo ya conocido e identificado.

En su interesante y utilísimo libro *La pintura española fuera de España*, Juan Antonio Gaya Nuño nos da una relación de los cuadros que de los tres maestros a quienes nos referimos existen hoy en tierra extranjera ; la mayor parte, en museos y colecciones privadas importantes.

Según esa relación, que su autor, con laudable honradez de investigador serio, no considera definitiva, reconociendo que seguramente hay más, por él ignorados, de los que su trabajo recoge, Velázquez tiene fuera de España 66 cuadros ; el Greco, 288, y Goya, 292.

Como vemos, si de Goya y el Greco se conocen en el extranjero cerca de trescientas obras —cantidad realmente extraordinaria—, de Velázquez hay muchísimas menos, lo cual se debe, aparte otras circunstancias, a un hecho irrefutable: de los tres artistas, el sevillano es el de producción más corta. El resultado a que con esto se llega, no por cierto muy grato para nosotros, es, pues, el siguiente: Velázquez tiene aproximadamente la mitad de lo que pintó, fuera de España, y la otra mitad, dentro ; el Greco tiene fuera algunos cuadros más de los que tiene aquí ; Goya conserva mucha más obra suya en la patria que en el extranjero.

Claro está que no todo lo registrado en el excelente catálogo de Gaya Nuño es de autenticidad innegable ; entre los cuadros adjudicados a Goya y al Greco, los hay de atribución un tanto sospechosa. Con todo, las piezas que, por tal motivo, pudiéramos desprender de esos tres conjuntos quedarían probablemente compensadas con aquéllas que, siendo auténticas y existiendo todavía en el extranjero (o en España, que todo puede ocurrir), no han sido aún descubiertas y dadas a conocer.

Por lo tanto, en lo esencial, podemos afirmar que de Velázquez, Goya y el Greco hay, lejos de nuestro suelo, seis centenares largos de obras ; reduciendo esa suma cuanto se quiera, siempre tendremos

lo que, en efecto, no queríamos: demasiada pintura española fuera de España.

Ahora permítasenos una pregunta un tanto audaz. ¿Debemos deplorar, sin la más leve atenuante, esa emigración de buena parte de nuestro tesoro artístico? Desde luego, no debemos alegrarnos de ella; las grandes piezas que nos faltan ¿dejarán de constituir una merma, entre dolorosa y vergonzosa, de nuestro patrimonio de arte? Pero, por otro lado, la inmensa celebridad de los grandes maestros españoles, de la cual, naturalmente, nos honramos y nos beneficiamos, ¿se habría producido quedando encerrado en la patria todo lo hecho por ellos? Si no hubieran salido de España las excelsas obras cuya falta lamentamos, sintiendo en nuestro patriotismo la herida abierta de esas "salidas", ¿tendrían a estas horas el Greco, Velázquez y Goya tan glorioso renombre como han alcanzado; y serían hoy, como lo son, ensalzados en el mundo entero; y servirían ahora, como sirven, de señuelo y atracción para el "viaje a España", esto es, para la propagación y encauzamiento del turismo? Los cuadros de esos magnos artistas, vistos por miles y miles de personas en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia, en Alemania, ¿no han suscitado y despertado vivo interés por conocer *de visu* cuanto de ellos poseemos los españoles?

Vienen aquí estas ligeras consideraciones —léanse con buena voluntad—, no a disculpar, menos a aplaudir, la emigración al extranjero de nuestras grandes obras de arte; eso sería insensato, estúpido. Quieren, sí, examinando el caso con ecuanimidad y serenidad, dejar sentado que el hecho de hallarse fuera de España, expuestas en importantes museos, piezas valiosísimas del arte español, no ha sido enteramente perjudicial para nosotros, por haber ello redundado en altísimo aprecio, en fama y gloria de nuestros insignes artistas; por haber ello favorecido la extensión del conocimiento de la gran pintura española; por haber ello contribuido decisivamente a esto que ahora tanto nos halaga, nos satisface y nos enriquece: el turismo.

Todavía nos atrevemos a decir más: en lugares españoles oscuros, sucios y abandonados, sin ser vistas ni cuidadas ni apreciadas por nadie, han existido, durante enorme masa de tiempo, hermosas obras del llamado patrimonio artístico español; allí se hubieran perdido muchas, irremisiblemente; perdido para todos, empezando por nosotros mismos. Y aún sabemos de piezas preciosas que siguen, a estas

alturas, muy mal acondicionadas, sin la menor defensa contra el paso de los años... ni el de los hombres, gravemente amenazadas de ruina, robo, fuego, exterminio... De esa bochornosa incuria —una de nuestras características nacionales— se han salvado, por suerte de todos, para gloria de sus autores y para íntimo orgullo de los españoles amantes del arte, esas obras maestras que son gala de ricos museos de Europa y América.

* * *

¿Y en España? ¿Qué es lo que, dentro de nuestra tantas veces expoliada nación, tenemos hoy de esos tres pintores culminantes? Tampoco es posible, en esta ocasión determinar cantidades precisas; debemos atenernos al *grosso modo*.

De Velázquez poseemos los españoles algo menos de setenta obras, de las cuales, cincuenta se exponen en el Museo del Prado (son justamente las que el último catálogo del Museo —1963— registra bajo el nombre de Velázquez, si bien algunas, como es notorio, no pertenecen sino parcialmente a los pinceles velazqueños). Se hallan las otras que del maestro conservamos en el monasterio de El Escorial, el Palacio de Oriente, el Arzobispal de Sevilla, los museos de Barcelona y Valencia, el Diocesano de Orihuela y varias colecciones particulares de Madrid; a razón de un solo cuadro en casi todos esos sitios; en El Escorial, Sevilla y Orihuela, obras de composición: *La túnica de José*, *La Virgen imponiendo la casulla a San Ildefonso* y *Santo Tomás de Aquino confortado por dos ángeles*, respectivamente; tres composiciones muy interesantes.

Todo palidece junto a las cinco salas que el Prado consagra a Velázquez. Una pequeña, nos muestra, solo, el portentoso lienzo de *Las meninas*, en el cual culmina, entero, el genio del gran pintor en plena madurez de su vida. Sabido es el altísimo valor de ese cuadro y todo lo que representa en el curso de la pintura universal como transcripción justísima de la luz y el aire en un interior. La sala grande y las dos siguientes nos dan: *Las hilanderas* (el más hermoso, seguramente, de los cuadros de Velázquez); *La rendición de Breda* (página capital de nuestra pintura de historia); *Los borrachos* (insuperable interpretación plástica de la picaresca española); *La fragua de Vulcano* (originalísima versión de un tema mitológico); el famosísimo *Cristo Crucificado* (serena imagen del Mártir del Gólgota, apolí-

nea por la belleza de su desnudo cuerpo); la *Visita de San Antonio Abad a San Pablo, primer ermitaño*, con la grandiosidad de su paisaje; los dos jugosos "apuntes" de la Villa Médicis, donde ya se anuncian las vibraciones del impresionismo, y un grupo de retratos, masculinos casi todos, en los cuales el supremo retratista, por nadie aventajado en el arte de la pintura, hace que perennemente vivan, frente a nuestras miradas, los personajes en cuyos rostros se refleja, no ya sólo el poderío de la individualidad, lo penetrante del ser humano, sino, más aún, el alma grave, reconcentrada, entristecida, de una raza y una época.

Del centenar escaso de retratos que pintó Velázquez —lo más y mejor de toda su obra—, los hay, famosos por su maestría, en Roma, Viena, Nueva York, Londres, Módena, Dresde, París, Salisbury... No pasan de doce (nos referimos —entendámonos— a retratos de la máxima categoría) los existentes en ámbitos museales del extranjero. De veinte pasan los pertenecientes al Prado. Ningún museo del mundo reúne tal suma de grandes retratos de un solo pintor. Aquí están, más que pintados, vivos, el rey Felipe IV, su esposa Mariana, sus hijos Baltasar Carlos y Margarita, sus hermanos Fernando, Carlos y María, y, al lado de la real familia, conviviendo con ella, en efigies inolvidables, los tristes enanos y bufones, el fanfarrón Conde Duque, el gran escultor Martínez Montañés, el Conde de Benavente, don Diego de Corral, sin olvidar a la Madre Jerónima de la Fuente, cuyo recio carácter acierta a fijar ya, a sus veinte años, el que pocos años después sería el más agudo de todos los retratistas conocidos.

Imposible, de todo punto, detenernos en el estudio de los cuadros de Velázquez, como tampoco en el de los otros que en el presente artículo se citan. Ello daría impropcedente extensión a lo que sólo tiende a ser una anotación sumaria de un tema que, por lo ambicioso de su enunciado, requeriría un trabajo de numerosas páginas.

* * *

Unos doscientos —únicamente registramos lo existente en museos públicos, iglesias y alguna que otra colección privada de no difícil acceso— son los cuadros del Greco que el turista puede ver en España. El genial maestro está presente, con setenta, en Toledo; con treinta y cuatro, en el Museo del Prado (veinticuatro de temas religiosos y diez retratos varoniles).

Un recorrido por todo el ámbito nacional, en demanda de pintura suya, nos señala, además, otras obras en Madrid (museos Cerralbo y Lázaro, Instituto de Valencia de Don Juan, Palacio del Duque de Alba, Banco Urquijo, Convento de las Salesas, Diputación Provincial); en Barcelona (Museo y colección Plandiura); en Bilbao (Museo y colección Valdés); en Sevilla (Museo); en Valencia (Colegio del Patriarca y Museo); en San Sebastián (Museo); en Oviedo (Colección del marqués de San Feliz); en Cádiz (Hospital de mujeres); en el Monasterio de El Escorial (Salas Capitulares y sacristía); en Cuenca (Palacio episcopal); en Sitges (Museo del Cau Ferrat); en Villanueva y Geltrú (Museo Balaguer); en Zumaya (Colección Zuñiga); en Logroño (Instituto de Enseñanza Media); en Monforte (Colegio de jesuitas); en las catedrales de Avila, Granada, Palencia y Sigüenza; en las iglesias parroquiales de Illescas, Talavera la Vieja, Olot, Paradas, Pastrana, Bargas, Almadrones, Andújar, El Bonillo, Martín Muñoz de las Posadas; en el Hospital de Huete (Cuenca); en la Capilla de Medinaceli (Soria)...

Como vemos, leyendo estos nombres, muestras del arte del gran cretense españolizado existen hoy en tierras de Cataluña, las Castillas, Andalucía, Vasconia, Aragón, Valencia, Asturias. De los tres grandes artistas aquí tratados, es el Greco quien tiene su obra más repartida. Como fue, de los tres, el único al que puede llamarse "pintor de temas religiosos" y el único que trabajó profusamente para iglesias españolas, no ha de extrañar la presencia de cuadros suyos en templos distintos, como tampoco el hecho de que aún se estén descubriendo lienzos de su mano, escondidos a veces en las sombras de iglesitas apenas conocidas.

En un punto coinciden el Greco, Velázquez y Goya. Los tres pintaron nada más que en España y en Italia. También coinciden en este otro punto: poquísimas pinturas de la hecha por los tres en Italia conservarse allí. (Nada de Goya; nada, al menos, conocemos. De Velázquez, algo en Roma. Del Greco, algo en Parma y en Nápoles.) Y en un tercer punto coinciden el Greco y Goya; de lo pintado por los dos en Italia no hay en España, que sepamos, cuadro alguno. Velázquez sí tiene varios: cuatro en el Prado y uno en El Escorial.

Lo hecho en Italia por el Greco pertenece a su juventud, cuando el glorioso artista no había alcanzado todavía ni su personalidad ni su originalidad, ni su genialidad; cuando no pasaba de ser un epígo-

no de la escuela veneciana, en trance en que ésta daba ya los primeros pasos hacia su decadencia. Como todos sabemos, fue en España —concretamente, en Toledo— donde el poderío espiritual de ese griego avenecianado se levanta, arde en un centenar de cuadros que sorprenden y pasman, en su tiempo, a los iniciados en el arte de la pintura, y luego parece quedar apagado como ceniza de rara materia. Así, apagándose gradualmente en el sentimiento de quienes estaban en el deber de comprenderla, la obra del Greco cruza gran parte del siglo XVII, atraviesa, oscurecida, todo el XVIII, se oscurece más aún en el XIX, hasta quedar como sepultada en un total y negro olvido, y es necesario que advenga nuestro siglo, para que una sensibilidad agudizada en el contacto con ella logre despertar el nombre olvidado, elevar la obra menospreciada, difundir por todo el orbe la grandeza de su contenido estético, y alcanzar, al fin, estos días nuestros, en que esa obra, ya traspuesta la zona de las discusiones y controversias levantadas por sus partidarios y sus detractores, suscita apasionada admiración en centenares de miles de seres humanos. El Greco, pues, ha recibido ya el espaldarazo de la justicia que se le debía; sus cuadros entran en el cenit de lo que se comprende y se ensalza.

La ciudad donde casi toda esa pintura intensa y llameante fue creada, la ciudad que fue su cuna y hogar, después de haber vivido siglos en la misma oscuridad que pesó sobre el cretense, hoy es, gracias a este su excepcional “hijo adoptivo”, y desde luego predilecto, uno de los lugares más frecuentados dentro del mapa turístico español.

Ciertamente es obligada la visita a Toledo para todo aquel que desee conocer la pintura singularísima de Dominico Theotocópuli. Sólo *El entierro del Conde de Orgaz* (nos atenemos al título divulgado, mas no sin indicar que dicho personaje no fue conde, y como tuvo el señorío de la citada villa toledana, lo adecuado, pues, sería llamarle “Señor de Orgaz”), sólo, repetimos, ese cuadro maravilloso justifica sobradamente un viaje que, partiendo de Madrid, no es, por su cercanía, sino breve excursión placentera. A ese lienzo, que data de la plenitud de la vida del Greco (1586, teniendo el pintor cuarenta y cinco años) y que se conserva en el mismo sitio donde su autor lo dejó colocado —una capilla de la pequeña iglesia de Santo Tomé—, podemos agregar *El Expolio*, cuadro magnífico, anterior en unos nueve años y también *in situ* (vestuario de la sacristía de la catedral toledana, donde igualmente se exhibe uno de los tres Apostolados com-

pletos que del Greco se conocen); y los cuatro extraordinarios lienzos pertenecientes al retablo principal del convento de Santo Domingo el Antiguo (los que de él faltan salieron de su emplazamiento original hace ya muchos años); y los varios cuadros que enriquecen el llamado "Museo del Greco", entre ellos el impresionante *San Bernardino de Sena* (la obra capital de ese museo), el vibrátil y expresivo retrato de clérigo, en el que se ha visto, sin el menor fundamento, la efigie del beato Juan de Avila, y la serie de trece figuras constitutivas de otro Apostolado completo, que repite, casi sin variantes, pero con mayor libertad y soltura de ejecución, el ya citado de la catedral primada, pintado pocos años antes. En el mismo museo vense también los retratos de los hermanos Covarrubias, don Antonio y don Diego, tan hondos y vivaces ambos, dentro de la entonación fría que caracteriza a tantas obras maestras del Greco.

Podemos añadir a los cuadros acabados de mencionar otros que igualmente enriquecen hoy la ciudad de Toledo, insigne por todos ellos, y que al visitante brindan sugestivas armonías de tono desusado. Así, por ejemplo, algunos de los lienzos de la iglesia museo de San Vicente, y sobre todo la estremecida, desenfrenada *Asunción de la Virgen*, obra que figura entre lo último que el maestro pintó. El retablo al que pertenece fue encargado en 1608, y en el contrato se reconocía y afirmaba ser el Greco "de los hombres más sobresalientes que hay desta arte en el reyno y fuera de él". Esta *Asunción* y el contorsionado *Bautismo de Cristo*, la máxima joya de la iglesia del toledano Hospital de Tavera (Fundación de los duques de Lerma) podrían servir muy bien para cerrar un estudio de la pintura del Greco. De ambos lienzos hemos hablado en otra ocasión, con palabras que procuran sintetizar el aspecto "delirante" de la postrera fase de esa pintura. En ellos, "los acentos de espiritualidad mística se mueven con la mayor libertad y el más ardiente impulso. Composiciones en zigzag, su esquema podríamos simbolizarlo en la llama que asciende, vitalizada por el deseo de alcanzar su expresión máxima. El colorido enseña hasta qué punto obsesionaban al Greco las armonías nuevas, desusadas. Los tonos claros y luminosos vibran aquí sonoramente. ¡Qué riqueza para el ímpetu, para el desborde lírico, para el arrebató, para el afán de hacer que lo expresivo y lo cromático canten!"

* * *

Impresionado nuestro espíritu con las irisaciones dejadas en él por el arte del Greco, durante el recorrido de Toledo, pasemos al monasterio de El Escorial, donde nos atraen, retienen y seducen dos joyantes y deslumbrantes composiciones de la primera época española del magno artista; una, pintada hacia 1580; la otra, entregada en 1582. Sus títulos: *La glorificación del nombre de Jesús* y *El martirio de San Mauricio y sus compañeros de la legión tebana*. En algún lugar hemos afirmado que este prodigioso lienzo, esta sinfonía del color, esta composición flameante y sonora, vibrante y fastuosa —una fiesta para los ojos— es “el primer cuadro, en el tiempo, positivamente genial de nuestra pintura”.

Aun sin nada tan alto, la instalación de los *grecos* en el Museo del Prado (tres salas) ofrece también al turista un grupo de cuadros densamente representativos de esta pintura genial. Así, la encantadora *Adoración de los pastores* (ya pintada dentro del siglo XVII; la preciosa *Anunciación* (tabla pequeña, de hacia 1580); la monumental *Trinidad* (de 1577-78); el delicado y bello *San Andrés con San Francisco*; los tres audaces lienzos que representan *La Crucifixión*, *La Resurrección* y *La Pentecostés*; el muy emotivo de *Cristo con la cruz a cuestas* y algo que no puede quedar sin mención especialísima: el grupo de retratos de hidalgos toledanos, en busto casi todos, que parecen palpitar ante nosotros, con aliento de severa espiritualidad, en las mismas vecindades de los retratos de Velázquez. Pudiéramos decir que, en cierto sentido, las cabezas de Velázquez parecen “hijas” de las del Greco, a las cuales, a veces, recuerdan, así por la sencillez como por la penetración del toque.

Pocos retratos hizo el Greco; de mujer, poquísimos. En España, de estos segundos, no conocemos ninguno.

De los varoniles, los diez reunidos en el Prado se enlazan, por su carácter, con el maravilloso friso de cabezas del *Entierro del Conde de Orgaz*, con los tres, vistos ya, del Museo de Toledo (el clérigo anónimo y los hermanos Covarrubias) y con el hermosísimo de Jorge Manuel Theotocópuli, lo más refinado, lo más tembloroso de vitalidad que guarda el Museo de Sevilla.

Cierto es que el mejor, el más profundo y suntuoso de los retratos del Greco no se halla en España; aludimos al del Cardenal Niño de Guevara. Hace más de medio siglo salió de Madrid, vendido para Norteamérica, en medio de la bochornosa indiferencia de quienes de-

bieron haberlo impedido. Hoy pone la más asombrosa nota de expresividad en una de las salas del Metropolitan Museum de Nueva York; sala dedicada a la pintura española.

De los retratos expuestos en el Prado, el más saliente, a nuestro juicio, es el de caballero anónimo, en busto corto, que se cataloga con el número 806; riquísimo y matizado de color, extraordinariamente intenso de factura; el más celebrado es el conocido con literario título: *El caballero de la mano al pecho*; notabilísimos son cinco: el de un médico (en media figura, muy simple y conciso, casi sin color); el de un fraile (también en busto corto, soberbio por la fineza de sus medias tintas); el del licenciado Jerónimo de Cevallos y los de los dos caballeros sin nombre, que se registran con los números 810 y 811. El más deficiente, por frío y seco, es el del juez don Rodrigo Vázquez.

Todavía habrá de añadirse a este rapidísimo desfile de hermosas obras del Greco las cuatro que tienen, respectivamente, Villanueva y Geltrú, Illescas, Palencia y el madrileño Museo Cerralbo. De las cuatro, parécennos las dos mejores la del Museo de Villanueva —una *Anunciación*, de acento lírico y exaltado, obra típica de la pintura del cretense, en las postrimerías de lo que se ha llamado su segunda época— y la que nos presenta Illescas en su iglesia del Hospital de la Caridad: la figura, noblemente espiritualizada, de *San Ildefonso*, en el momento en que, suspendiendo la escritura de sus loores a María, levanta sus ojos hacia la imagen coronada de la Virgen inspiradora.

El cuadro de Palencia es un *San Sebastián*, pintado durante los primeros años de la estancia del Greco en Toledo. La composición se relaciona con la de un *San Sebastián* del Tintoretto que existe en Venecia, y la ejecución se enlaza —nada más lógico— con lo pintado por el Greco en Italia.

Por último, el del Museo Cerralbo es uno de los mejores ejemplares de una composición que el artista repitió no pocas veces, sin más que variantes ligeras en su traza, del tema *San Francisco de Asís, en éxtasis, con el hermano León*.

* * *

Don Francisco de Goya, de vida más dilatada que Velázquez y el Greco (vivió ochenta y dos años; el Greco, setenta y tres; Velázquez, sesenta y uno) y de producción más copiosa que la de ambos maestros, tiene en el Museo del Prado, para suerte de Madrid, tal

cantidad de obras que seguramente no hay en el mundo museo donde un pintor esté representado tan extensamente como él lo está en el nuestro. Las salas destinadas aquí a sus cuadros son ocho; los cuadros catalogados y expuestos suman 116. De sus dibujos, no menos de 482 guardan los fondos del Prado, pero sólo se exhibe una pequeña parte, ocupando otra sala que añadir a las ocho citadas.

Fuera de Madrid, donde a Goya se le ve, se le estudia y se le admira con el entusiasmo que levanta su genio de pintor, solamente en cinco museos españoles se exponen obras suyas. Primeramente está el de Zaragoza, con siete cuadros; luego, el de Valencia, con seis, y, en menor lugar, los de Pamplona, Bilbao y Santander, con dos el primero, y un retrato cada uno de los otros.

Nada hay de Goya en el Museo de Barcelona; nada, en el de Sevilla (ambos pudieran —y debieran— tener algo). Tiene Sevilla un solo cuadro de Goya, como no tiene más que uno del Greco; de Velázquez posee dos, si bien uno de ellos (en la iglesia de San Hermenegildo) de escasa importancia.

Fuera de los museos, hay pinturas religiosas de Goya en el templo del Pilar de Zaragoza (decoración, al fresco, de una bóveda, una media naranja y cuatro pechinas); en la aragonesa Cartuja de Aula Dei (composiciones murales al óleo, con pasajes de la vida de la Virgen; de lo mejor, en ese género, del maestro); en la capilla del palacio zaragozano del Conde de Sobradriel (también decoraciones murales); en la iglesia parroquial de Remolinos (óvalos con figuras de santos); en una capilla —la de Osuna— de la catedral de Valencia (dos escenas de la vida de San Francisco de Borja); en el vallisoletano Monasterio de Santa Ana (tres composiciones sobre *El tránsito de San José*, *El éxtasis de Santa Ludgarda* y *El bautismo administrado por San Bernardo*; dentro de la temática religiosa, cuadros importantes de su autor); en la catedral de Toledo (*El prendimiento de Cristo*, un boceto vigoroso con aire rembranesco); en la de Sevilla (las figuras pareadas, en un lienzo, de las santas Justa y Rufina, patronas de la ciudad); en la iglesia parroquial de Fuendetodos, pueblo natal del artista (una *Aparición de la Virgen del Pilar*, obra juvenil, casi de niñez, que Goya se resistía a reconocer por suya); en el convento de los escolapios de Zaragoza (una figura de *San Braulio*); en el templo parroquial de Chinchón (una *Asunción*); en el Hospital del Nuncio, de Toledo (un *Crucifijo*); en la Cueva de la gaditana iglesia del Rosario (una

pintura mural interesantísima que los biógrafos de Goya, en su mayoría, desconocen y, por tanto, no mencionan).

En el Museo de Zaragoza, lo mejor que se expone del maestro son los dos retratos, de cuerpo entero, del Duque de San Carlos y de Fernando VII; ambos, pintados en 1815, por encargo del Canal Imperial de Aragón.

Mejores son aún, de los cuatro que enriquecen el Museo de Valencia, los de Francisco Bayéu y Joaquina Candado. El primero se estima, en justicia, por uno de los retratos capitales del artista; supera, desde el punto de vista pictórico, al célebre del mismo personaje y el mismo autor, que exhibe el Museo del Prado.

El retrato, de cuerpo entero, del marqués de San Adrián, tan airoso, tan goyesco, y el de don Leandro Fernández de Moratín, en busto prolongado, son las dos hermosas piezas de Goya que se ven, respectivamente, en los Museos de Pamplona y Bilbao.

Goya vino a Madrid, de su tierra aragonesa, el mismo año en que cumplía sus diecisiete. Estancia en la corte de no mucho tiempo; viaja a Italia; vuelta a Zaragoza. No cumplidos sus treinta años (1775) y a los dos de casado, instalábase en Madrid. Pasó aquí ya casi toda su vida; casi medio siglo; aquí realizó la mayor parte de su obra. Nada de extraño tiene que esa gran parte de una obra pintada en Madrid, en Madrid continúe. "A pesar de la dispersión de algunos de los grandes cuadros del pintor aragonés —ha escrito uno de sus biógrafos—, sólo se le puede conocer cumplidamente en nuestra capital, principal centro y casi único de su actividad"; lo cual es verdad innegable. Trabajando para la Casa Real, para la fábrica de tapices, para muchas mansiones de la aristocracia, para centros oficiales, para algunas iglesias, incluso para su propio hogar (la "Quinta del Sordo") de las orillas del Manzanares, y todo sin salir de Madrid, y muchísimo de todo eso aquí conservado, don Francisco de Goya brinda hoy al turista, señalándole el perímetro madrileño, el fecundo taller de su pintura.

Están aquí: la mejor, con mucho, de todas sus decoraciones (San Antonio de la Florida); el más hondo de sus cuadros religiosos (*La comunión de San José de Calasanz*); el único desnudo de mujer en su labor (la celeberrima *Maja*); el más bello grupo de retratos de cuantos hizo (*La familia de Carlos IV*); el más expresivo y emocionante de sus cuadros de la Guerra de la Independencia (*Los fusilamientos de*

la *Moncloa*); todos los lienzos representando escenas populares españolas, pintados para modelos de los tapices que se tejían en la fábrica madrileña de Santa Bárbara, y entre los cuales hay algunos tan preciosos como *El baile en San Antonio de la Florida*, *La gallina ciega*, *La maja y los embozados*, *El pelee*, *La vendimia* y *El cacharrero*, y tan bellos como *La nevada* y *El albañil herido*; la totalidad de las sombrías decoraciones que el maestro pintó en las paredes de su propia casa de Madrid; los más preciosos de sus pequeños “cuadros de gabinete” y finalmente un gran número de sus más certeros retratos. Se acercan a trescientas las obras de Goya que en Madrid se conservan; algunas, no sin haber corrido sus peligros y vicisitudes. Y muchas más habría, claro está, si tantas no hubieran emigrado subrepticamente. El punto más de lamentar es el concerniente a la “salida” de varios —y más que “varios”— de los grandes, magníficos retratos que, pintados por Goya, en Madrid continuaban todavía no hace demasiados años; salida, por supuesto, ilegal, en la mayoría de los casos, toda vez que, desde los mismos tiempos de Goya, estaba ya en España prohibida la exportación de los cuadros valiosos. Recuérdese si no la disposición dada por el Conde de Floridablanca en 1779 (hallándose Goya en Madrid), documento donde se lee que Su Majestad Carlos III “quiere que se indague... quiénes son los sujetos que piensan enajenar los cuadros de Murillo y de otros autores de crédito, con venderlos a extranjeros o nacionales para extraerlos, intimándoles se abstengan de ello bajo la pena de competente multa pecuniaria y de embargo de las propias pinturas en cualesquiera mano que se hallen, bien sea de los vendedores o bien de los compradores...”

En la National Gallery de Wáshington, en la de Londres, en el Metropolitan Museum de Nueva York y en el Museo del Louvre, por no citar otros afortunados lugares de destino, pueden dar razón de lo afirmado aquí. Por suerte, mucho de lo que también hubiera podido “volar” sigue en su emplazamiento matritense. Más de treinta casas de la nobleza española y no pocas de señores acaudalados retienen en Madrid retratos y obras varias de Goya.

Después de contemplar la opulencia de la obra goyesca en el Museo del Prado, donde no faltan ricas piezas de ninguna de las manifestaciones que dentro del óleo cultivó don Francisco (naturalmente, no hay aquí pintura mural de su mano; de todo lo demás sí), el aficionado al arte de Goya podrá visitar otros museos: el de Lázaro Gal-

diano, el Romántico, el Naval y el Municipal; dos Academias: la de Bellas Artes de San Fernando y la de la Historia; dos Bancos: el de España y el Exterior de España; dos templos: el de San Francisco el Grande y el de las Escuelas Pías de San Antón (calle de Hortaleza); el Palacio de Oriente; el Ayuntamiento; los palacios de los duques de Alba, Sueca, Montellano y Fernán Núñez, y terminar el recorrido en una ermita: la famosa de San Antonio de la Florida, donde, mediado el año 1798 y subido en un andamio, don Francisco pintó la cúpula —seis metros de diámetro; asunto: *Predicación de San Antonio de Padua y resurrección de un muerto*—; la del presbiterio (*El culto a Dios*); la de las pechinas (unos angelitos) y la de la bóveda y jambas de las ventanas: unos ángeles sosteniendo cortinajes. Todo, pintado al fresco, con una soltura, un brío, una gracia, un color claro, y un carácter mundano, que hacen de esta pintura algo distinto y aparte en la historia de las decoraciones murales.

Los *goyas* de la Academia de San Fernando forman una sala de imborrable poderío; impresiona, verdaderamente, la contemplación de lo reunido en ella: el prodigioso autorretrato, en busto (superior al similar del Prado); el retrato de Moratín, de factura tan simple como penetrante: un alarde de intensidad expresiva dada con pasmosa sencillez; otros dos retratos —el del arquitecto Villanueva y el del preceptista Munárriz—, excelentes ambos, y las cinco deliciosas tablas que legó a la Academia, once años después de muerto Goya, su amigo don Manuel García de la Prada. Son los mejores ejemplares que conocemos de un género en el que Goya es insuperable; el más afamado de estos cinco “cuadros de gabinete” es el titulado *El entierro de la sardina*, movido, gracioso, nervioso, lleno de picante humorismo; es inolvidable también, por su intencionada agudeza, el que representa un *Tribunal de la Inquisición*, en pleno juicio contra unos desgraciados sin defensa, y lo son, igualmente, por todo lo que tienen de vivacidad, de *finezas cromáticas*, de certeros y jugosos toques impresionistas, *Los disciplinantes*, la *Casa de locos*, la *Corrida de toros*... Cuando consideramos que estas palpitantes escenas costumbristas se pintaban por los días mismos —finales del setecientos— en que la pintura de dentro y fuera de España parecía agarrutada por las frías normas de lo convencional, lo académico, lo neoclásico, quedamos sorprendidos y admirados. Saltando por encima de su época, adelantándose a ella, el gran maestro español preludiva con sus “cuadros de

gabinete", como anunciaba con sus expresivos retratos, lo que, corriendo los años, sería la pintura en Europa. Misión de todo pintor de genio: atalayar el porvenir de su arte, anticiparse a lo que ha de llegar... hacerlo llegar más pronto...

* * *

Para concluir.

El turista que, teniendo coche y no disponiendo de mucho tiempo para sus recorridos, quiera conocer, dentro de lo posible, lo que constituye materia de este artículo, puede seguir el itinerario (desde luego, un poco largo, pero no demasiado incómodo) que a continuación se le señala.

Partiendo de Madrid, en cuyo Museo del Prado, con la suma de otros organismos, encuéntrase lo más de cuanto debe verse de Velázquez, Goya y el Greco —un total de más de trescientos cuadros—, el turista irá siguiendo, por el mismo orden aquí indicado, las ciudades y pueblos que vamos a mencionar. Tras los nombres de esos lugares, escribiremos, entre paréntesis, los de los artistas aquí tratados, de quienes, en ellos, pueden verse obras importantes.

De Madrid a Illescas (*Greco*). De Illescas a Toledo (*Greco, Goya*). De Toledo a Sevilla (*Velázquez, Greco, Goya*). De Sevilla a Cádiz (*Greco, Goya*). De Cádiz a Orihuela (*Velázquez*). De Orihuela a Valencia (*Goya, Velázquez, Greco*). De Valencia a Villanueva y Geltrú (*Greco*). De Villanueva a Sitges (*Greco*). De Sitges a Barcelona (*Greco, Velázquez*). De Barcelona a Zaragoza (*Goya*). De Zaragoza a Pamplona (*Goya*). De Pamplona a San Sebastián (*Greco*). De San Sebastián a Bilbao (*Greco, Goya*). De Bilbao a Santander (*Goya*). De Santander a Oviedo (*Greco*). De Oviedo a Palencia (*Greco*). De Palencia a Valladolid (*Goya*). De Valladolid a El Escorial (*Greco, Velázquez*).

De aquí se volverá a Madrid. Del medio millar de cuadros de los tres grandes pintores que habrá pasado fugazmente por la retina del turista —estamos pensando, como es de suponer, en el turista culto y de fina sensibilidad—, muchos le habrán dejado en el espíritu la impronta de una esplendorosa riqueza de pintura, y esa visión se prenderá en su recuerdo, ya para siempre, y le acompañará con suave calor de simpatía a lo largo de sus pasos y jornadas por los caminos sin término del arte.

R É S U M É

BERNARDINO DE PANTORBA: Les grands peintres espagnols, dans la route du tourisme.

Des six plus grands peintres espagnols —Velazquez, le Greco, Goya, Zurbaran, Ribera et Murillo —ce sont les trois premiers qui attirent le plus, de nos jours, l'attention des touristes. On peut voir en Espagne à peu près soixante-dix tableaux de Velazques, dont cinquante au Musée du Prado; quelques deux cents du Greco (70 à Tolède, 34 au Prado) et environ quatre cents de Goya (dont 116 au Prado). Ce Musée constitue le centre principal et fondamental pour connaître la peinture de ces trois grands maîtres. A l'Escorial il y a également de magnifiques tableaux du Greco, pouvant aisément rivaliser avec les meilleurs de Tolède et Madrid. D'autre part on trouve d'intéressants tableaux et décors de Goya dans son pays d'Aragon et des portraits à Valence.

Dans son ouvrage l'auteur retrouve et nous parle des principaux chefs-d'oeuvre de Velazques, Goya et le Greco; il en fait le compte-rendu en soulignant leurs principales caractéristiques. Finalement il trace un itinéraire permettant d'admirer les meilleures peintures des trois artistes; le voici: Madrid, Illescas, Tolède, Séville, Cadix, Orihuela, Valence, Villanueva y Geltru, Sitges, Barcelone, Saragosse, Pampelune, San Sebastien, Bilbao, Santander, Oviedo, Palencia, Valladolid, L'Escorial

Cet article comprend finalement diverses considérations sur le tourisme et l'émigration de grands tableaux espagnols vers l'Europe et l'Amérique.

S U M M A R Y

BERNARDINO DE PANTORBA: The famous spanish painters on touring itineraries.

Out of the six greatest spanish painters —Velazquez, el Greco, Goya, Zurbaran, Ribera and Murillo—, those who attract more the attention of the tourists are the three mentioned at the first place. About seventy paintings by Velazquez can be seen in Spain (fifty of them at the Prado Museum); around two hundred by el Greco (seventy in Toledo, thirty four at el Prado), and about four hundred by Goya (at el Prado only, 116). This Museum is the most important centre, essential to get acquainted with the painting of these three great masters. By el Greco there are also wender ful canvases at El Escorial, which vie with the best of Toledo and Madrid. By Goya there are interesting decorations and pictures at his aragonesse native land and portraits in Valencia.

In this survy the author spots and mentions the main pieces by Velazquez, Goya and el Greco, giving his critical appraisal of them and pointing out their main characteristics. At the end an itinerary is given, which enables the visitor to see the work of the three painters at their best; it runs as follows: Madrid, Illescas, Toledo, Sevilla, Cadiz, Orihuela, Valencia, Villanueva y Geltru, Sitges, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, San Sebastian, Bilbao, Santander, Oviedo, Palencia, Valladolid, El Escorial.

This essay is complied with several considerations on tourism and on the exodus of great spanish paintings to Europe and America.

ZUSAMMENFASSUNG

BERNARDINO DE PANTORBA: Die grossen spanischen Maler in der Route des Fremdenverkehrs.

Unter den sechs grössten spanischen Malern —Velazquez, el Greco, Goya, Zurbaran, Ribera und Murillo—, zieht die drei ersteren heute ganz besonders die Aufmerksamkeit der Touristen an.

Von Velazquez kann man etwa siebzig Gemälde in Spanien sehen (davon fünfzig, im Pradomuseum); von Greco, etwa zuveihunder (siebzig in Toledo, vierunddreissig im Prado), und von Goya, ungefähr vierhundert (davon allein im Prado, hundertsechzehn). Dieses Museum ist das Hauptzentrum um die Gemälde dieser drei grossen Meister kennen zu lernen. Prachtvolle Gemälde Grecos gibt es, ausserdem im Escorial die mit denen von Toledo und Madrid zu den besten zählen. Interessant Wandmalereien und Gemälde Godas gibt es weiterhin in seiner Heimat Aragon und Olporträter in Valencia.

Der Verfasser erwähnt und gibt die Hauptwerke von Velazquez, Goya und Greco seinem Essay an, und gibt ein kritisches Urteil über sie ab und weist auf seine Hauptmerkmale hin

Zum Schluss gibt er einen Reiseplan an, der zu den besten Gemälden der drei Künstler führt; und zwar wie folgt: Madrid, Illescas, Toledo, Sevilla, Cadiz, Orihuela, Valencia, Villanueva y Geltrú, Sitges, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, San Sebastian, Bilbao, Santander, Oviedo, Palencia, Valladolid, El Escorial.

Der Text dieses Artikels wird von verschiedenen Betrachtungen über den Fremdenverkehr und die Überführung grösser spanischer Gemälde nach Europa sowie nach Amerika ergänzt.